

su remedio. Entre otros fue una muger llamada Maria de Cuchillo, muger de Pedro Martinez de Viriate, vecino del Lugar de Arriete, cercano á Treviño. Habia la buena señora padecido en los ojos un accidente de tan mala calidad, que años habia que estaba ciega; y por la mucha falta que hacia á los de su familia, lloraba continuamente, y con oraciones pedia á nuestra Señora la curase. Pasaron de esta suerte algunos años, hasta que un dia, cansada yá de padecer, le dixo al marido: No nos cansemos, que menos que no me lleveis al Santuario de Valvanera, no cobraré vista. Será en vano, decia el marido, porque si tantos años há que se lo pedis á la Virgen, y no quiere daros vista, qué quereis ahora que yo gaste los pocos dineros que me quedan en viáges? Vosotras solo salgais de casa, no dexareis piedra por mover. Replicó la muger: Marido, yá veis que no me puede llevar la curiosidad de las cosas del mundo, pues estoy ciega. No os canseis, dixo el marido, que aunque no podais ver las mugeres, solo por ser vistas, quereis siempre ir á Santa Maria la mas lexos: no estoy para gastos, no me enfadeis. Afligióse mucho la ciega, y discurrió hablar con los vecinos, y parientes, diciéndoles que todos juntos podian pedirselo á su marido, y decirle que todos irian, y harian el gasto, que repartido entre tantos no se sentiría. Hiciéronlo así, y de todos se formó una procesion, y salieron para el Santuario, llevando á la ciega, que con una fe viva iba cantando, y diciendo: Así que estemos en parage de descubrir el monte de donde está la que me ha de dar vista, avisadme, y vereis cómo yo le hago mi oracion, con la qual he de estar buena, si me conviene.

Hiciéronlo así, y dia como hoy descubrieron el Santuario: dixéronselo á la muger, y ella les pidió la arrodillasen enfrente de él: arrodilláronla, y hizo la deprecacion, diciendo: Señora, Madre, y Abogada de los que con viva fe se os encomiendan, yo la tengo grande en vuestro poder: ea, Señora, pues disteis luz al mundo, dadmela á mis ojos; y, Madre mia, yo no me he de levantar de aquí que no sea con vista, porque quiero ir delante, y ser la primera que llegue al Santuario á daros las gracias: cosa por cierto digna de toda admiracion! Decir esto, y empezar á ver, todo fue uno: yá distinguia entre monte, y valle, yá entre la haya, y encina, yá entre el roble, y el fresno; y finalmente, viendo cla-

ra,

ra, y distintamente á todos, empezó á dar muestras de su indecible alegría, magnificando todas las misericordias de aquella Madre, que lo es de todas ellas. Pasó delante la buena muger, y ella fue la primera que llegó á la Iglesia, donde cumplió nueve dias lo que le habia ofrecido, de estar en las vigiliass que dicen todo ese tiempo.

E X E M P L O.

Aunque por ser este Libro de Finezas, y favores escuso todo lo que puedo poner casos formidables con que se han castigado delitos cometidos en Imágenes de nuestra Señora, no puedo omitir algunos, porque los castigos executados con unos sirven de escarmiento para otros; á mas, que aun el mismo castigo puede tal vez ser de no pequeño beneficio, pues con él puede ser se pague en esta vida la pena que se habia de pagar en la otra, si yá no es que fuere castigo en ambas. El que ahora referiré solo fue castigo en esta; pues de qualquier Christiano debemos presumir el arrepentimiento en la hora de la muerte, si la tuviere acordada. Fue el caso (y sucedió tambien dia como hoy en París de Francia) que habia un hombre muy dado al juego, sin que jamás saliese de aquellas casas del demonio, que no merecen otro nombre las que están destinadas para la blasfemia, para el juramento, y para perder hacienda, paciencia, y vida, que es lo que nadie ignora pasa en ellas. Estando, pues, jugando, se empeñó de calidad con una, y otra suerte (y para él la mayor desgracia), que se fue poco á poco desposeyendo de los vestidos, hasta jugar la camisa. Viéndose tan pobre, y no teniendo ya de qué echar mano para el embite, tomó, de uno de los que miraban, un puñal, y sin decir sus intentos se salió de la casa lleno de cólera; y persuadido del demonio, así que vió una Imagen de la Santísima Virgen, que estaba en la Plaza de los Osos, empezó á darla de puñaladas (no sé si acabaré de escribirlo!), quantas pudo. O bendito sea Dios, y quién no ha de llorar de caso tan horroroso! Al punto empezó á correr sangre de las heridas, y con tanta abundancia, que se formó como un arroyo en la calle. Por la mañana, así que vieron los de París tan sangriento espectáculo, deshacian sus pechos de sentimiento; y desvelándose con gran zelo en buscar al sacrilego malhechor, le hallaron sin que pudiese negar el delito. Prendiéronle, y sin mas tar-

dan-

danza, resolvieron los del Consejo se executase con él esta terrible, pero merecida sentencia. Atáronle á un palo, donde le dieron desde las seis de la mañana, hasta la tarde azotes de muerte, dexándole abiertas las espaldas, y rebentadas las entrañas, habiendo primero con un ardiente hierro atravesádole la lengua; y para eterna memoria del castigo de un tan fatal insulto, todos los años, dia como hoy, en la Plaza de los Osos se enciende un gran fuego, y se cuelga delante la Santa Imagen un lienzo pintado, que mueve á todos á la detestacion de tan formidable sacrilegio.

EXHORTACION.

NO sé si podré, Católico lector mio, explicar lo que por mi corazón (aunque es de piedra) pasa, pues al oír tales atrocidades, executadas en aquella cándida, sencilla, pacífica, y por todas partes amabilísima Madre Maria, no puedo dexar de verter lágrimas, que como decia Bernardo, memorias semejantes; aun á los corazones de hierro, ó piedras les parten: *Nostra licet saxea, licet ferrea pectora, sola recordatio scindit.* Calle la lengua, y hable el sentimiento, retírese la pluma, y substituyan las lágrimas, y sea el dolor el que con la negra tinta de la congoja imprima en nuestras almas la compasion, lastimándonos aun mas que de la Imagen, del deslumbrado agresor, y de tantos como en el mundo, si no aquellos, otros pecados cometen quizás nada menores, con los quales hacen verter á nuestra amabilísima Madre lágrimas, ya que no de sangre, por no estar en estado de poder derramarlas, por lo menos de ternura, y amor, porque ternísimamente ama á los pecadores.

EXERCICIO. Baste, pues, para hoy la exhortacion de la pluma, y suceda la de media hora de oracion, considerando los dolores de esta Señora, no tanto los que mostró en su Imagen vertiendo sangre, como los que pasó el original en la muerte de su querido Hijo, ocasionada de nuestros pecados. Y considerando lo que de estos dolores dixo el docto Idiota (a), diremos la oracion siguiente: *In ea fuit summa perfectio amoris, & martyrium intensissimum doloris, quanto enim diligebat ardentius, tanto est vulnerata profundius,*

(a) Idiot, de *P. V.* p. 12. *contempl.* 6.

dus, non enim fuit talis Filius, nec fuit talis Mater. Absorta sunt Sacratissima Viscera Maternis doloribus ultra quod homo, vel Angelus perpendere posset. Martyres namque passi sunt propter fidem, sed B. Virgo passa fuit propter charitatem.

ORACION.

A Brir, Señora, el del exemplo en vuestra Imagen las heridas, qué fue sino renovar en las almas de vuestros devotos de la Pasion los dolores? Por aquellos, pues, que tuviste, como á Madre la mas amante del Hijo mas fino, suplicamos nos concedas, yá que no podemos los hombres, ni aun los Angeles, conocer cuánto padeciste, por lo menos estimacion, y agradecimiento á lo mucho que por nosotros pasaste. Amen.

DIA QUATRO DE JULIO.

UNo de los mas afectos á la gran Reyna de nuestros tiempos, aunque no de nuestros Países, fue el Venerable P. Fr. Andres de San Severino, de la Orden de Santo Domingo, natural de un Lugar llamado la Penta en el Reyno de Nápoles (a). Este Religioso fue en extremo devotísimo de esta Señora: en diez años que exerció el empleo de Predicador Apostólico le traxo infinitos á la santa devocion del Rosario; y aun por eso, en anuncio de lo que habia de ensalzar sus Rosas, florecieron todos los Rosales que habia en un Jardin de su casa el dia que nació, siendo en lo mas riguroso del Invierno. De las limosnas que en una ocasion sacó de los devotos de Maria Santísima, hizo una Imagen de plata de cuerpo entero, muy hermosa, dándola por nombre nuestra Señora del Rosario, la qual le hablaba muy de ordinario, dexándole el Niño, con quien se recreaba frecüentemente su espíritu. Era de modo, que no se atrevia á dexarla un punto; y reparando en ello los otros Religiosos, le preguntaban la causa, la que él no pudo negar, porque con sencillez grande les dixo: Hermanos míos, cómo quereis que me aparte un punto de quien es mi centro, mi bien, mi vida, todo mi sér, y toda mi alma? Si vosotros oyérais las ternuras que me dice, y la suavidad, y dulzura con que me

Part. III.

B

ha-

(a) Marquesi in *Sacro diar. hujus Ord. tom. 4. ad hunc diem.*

habla, ni comeríais, ni beberíais; todo el corazón se os iría en pos de esta gran Reyna: Pensais que es poca fineza decirme qué día he de morir, y que me vendrá á hacer una visita en la hora de mi muerte? Pues todo esto me ha dicho, y estoy gozosísimo; y de su lado, mientras pueda, no me quiero apartar. Con estas razones fervorizaba los corazones de los que le oían, y admirados alababan á la Divina Reyna, por lo que así paga á los que con pureza, verdad, y buen deseo la sirven. De allí á poco cayó enfermo, y armándose con los Santos Sacramentos, dixo: Yá es llegada la hora en que la Madre de Dios ha de cumplir su palabra. Recibiólos con indecible ternura; y es cierto que quando leí los actos tan fervorosos que hizo de humildad este Venerable Padre, se enterneció mucho mi corazón. Véalos el que tuviere lugar en el P. Marquesi, Italiano, que trahe su Vida, y verá con qué humildad, y qué cosas de tanta edificacion le dixo al Santísimo Sacramento; que á mí solo me toca decir la fineza que la gran Reyna le hizo, pues cumpliéndole lo ofrecido, baxó vestida de blanco, y llevó su alma entre tiernos coloquios, y dulce músicas de Angeles, á los descansos eternos.

E X E M P L O.

UN Soldado Español, llamado Andres Galindo, natural de Ciudad-Rodrigo, cayó enfermo en Monferrato de las Lanzas, cerca de la Morra. Resolvióse el accidente en un dolor de estómago, de tan mala calidad, que no hallando para él remedio los Médicos, mandaron le diesen los Sacramentos. Atormentaban al pobre Soldado otras congojas mayores, como eran las de una mala conciencia, que muchos dias habia le llevaban pensativo, y melancólico, procediendo de no atreverse á confesar cierto pecado, que veinte y quatro años callaba. Con estas congojas de la conciencia, y con aquellas ansias del dolor de estómago, se turbó de modo, que sin reparar en el riesgo en que estaba de condenarse eternamente, no quiso confesarse de aquel pecado, sino que callándolo, hizo tan sacrílega confesion como las pasadas. Recibió el Santísimo Sacramento, y el de la Uncion, quedándose con él dos compañeros Soldados, que, como Dios les ayudaba, le decian lo que se acostumbra quando ayudan á bien morir. Traxéronle un Crucifixo, y diciéndole si le pesaba de haber pecado, respondia:

Bien

Bien sabe este Señor que me pesa, y tanto, que pluguiera á Dios me hubiera muerto antes que cometiera pecado alguno, y en particular el que me ha causado tanta vergüenza, que me pesará eternamente. No entendieron los Soldados lo que en su conciencia pasaba, antes bien juzgaron que aquella vergüenza sería haberla tenido al tiempo de decirlo; pero no pensaron que lo habia dexado de confesar. Con esto, agravándose los accidentes, empezó á agonizar, y dar los últimos alientos, arrancándosele el alma, al parecer de los circunstantes: cubriéronle con una sábana, pusiéronle encima el Crucifixo, y dexáronsele con una luz.

Despues de un gran rato oyéronle dar voces, acudieron, y le hallaron muy congojado, y trasudado, diciendo: Ay, amigos míos, y qué viage tan largo es el que he hecho! Aprisa llamadme un Confesor, y que venga volando, porque consiste en esto mi salvacion. Entretanto que llamaron Confesor, le preguntaron los que quedaban les dixese qué viage era el que habia hecho. A que respondió: Sabed que vengo de las puertas mismas del Infierno, donde Dios me tenia condenado; y ya estuviera en aquel lago de fuego, si no fuera por Maria del Rosario, Madre mia, á quien diez y seis años ha que se lo rezo todos los dias. Esta Señora ha alcanzado de su bendito Hijo me diese tiempo para confesarme de un pecado que cometí siendo mozo, y por vergüenza le he callado, haciendo malas confesiones: ahora me confesaré de él, y de todas ellas; y si fuere menester, lo gritaría á voz de trompeta por todo el mundo: aprisa venga el Confesor. Vino este, y confesándose enteramente, así de aquel pecado, como de tan repetidos sacrilegios, como los que habia hecho en confesiones, y comuniones, espiró, dexando á los que quedaban esperanzas moralmente ciertas de su salvacion, y juntamente á nosotros motivos para no callar pecado alguno por vergüenza, y serle muy devotos á esta gran Reyna, por cuyo Santo Rosario se libró de las perpetuas carceles del Infierno. De este suceso hizo auténtica averiguacion el señor Obispo de Alva, siendo testigos, entre otros, los dos compañeros, llamados Juan de Olivares, y Paulo Diaz. Sucedió año 1612.

B 2

EX-

EXHORTACION.

NO con poco dolor de mi corazon infiero de este exemplo cuántos serán los que por callar pecados en las confesiones tendrá en el abysmo el demonio; porque si á un Soldado, que de ordinario son los que menos reparo, ni embarazo tienen en decir lo que les ha sucedido, aunque sean cosas que en otros estarian cerradas baxo de siete sellos, le puso Satanás tal vergüenza, que en veinte y quatro años no se atrevió á decir un solo pecado de la mocedad, qué será á los que no son Soldados, sino tal vez vergonzosos, y de su natural tímidos? Verdaderamente que quando considero esto, me contristo lo que no es decible, y me compadezco entrañablemente de los que sencillos, é incautos se dexan llevar de esta diabólica tentacion; y en particular de muchas temerosas mugeres, á quienes la fragilidad del sexô las tiene mas encogidas. Ah, y si yo pudiera con sangre de mis venas animarlas, y decirlas con dilatacion lo que en esto siento, y cómo pudiera ser les persuadiese no se dexasen vencer de este encogimiento, sino que considerasen que mientras estemos vestidos de esta carne miserable, no hay que admirar, ni que fiar de nosotros; y que si nos hubiera Dios dexado de su mano, hubiéramos hecho peores cosas. Ya está hecho, ya no puede dexar de haber sido, yá he pecado: pues qué he de hacer? he de condenarme? he de meterme de sabido en una eternidad de penas entre los demonios? he de ir cargado al Valle de Josaphat con todos esos pecados, donde se han de leer, sin que entonces la publicacion me sea de provecho? Ea, ánimo: se por amor de la gran Reyna de los Cielos los que se hallaren oprimidos con semejantes tentaciones: vénzanse, por darle á Maria Santísima un buen dia, como malo á Satanás: salgan de una vez todos los pecados, y no nos avergoncemos de decir á un hombre lo que delante de un Dios no tuvimos vergüenza de cometer. Démosle tambien á nuestra Divina Rosa las gracias por lo que se compadeció de este Soldado, y pidámosla nos quite la vergüenza, y rubor de decir los pecados, y nos le dé para no cometerlos; porque, Católico, tener vergüenza para decirlos, y desvergüenza para cometerlos, grandísima necedad, y desahogo es, para Dios intolerable.

EXERCICIO. Sea, pues, el tomar medio quarto de hora para examinar si tenemos algun pecado, que nos cause vergüenza, y

tomemos resolucion valiente para decirlo, y de aquí adelante esté solo el rubor en el cometer delante del mismo Rey lo que delante de un Angel, y aun delante de un hombre no cometiéramos. Y considerando ahora que aquel color encendido, que el Cielo depositó en la Rosa, es symbolo de aquel rubor santo, de aquella vergüenza casta, de aquel sacratísimo encogimiento de otra mas Divina Rosa, Maria Santísima, que así se lo decia su devoto Helinando Cisterciense: *Rosa mystica, cujus color roseus est verrecundie rubor, castitatis amor, & justitie zelus*, digámosle la Oracion que se sigue.

ORACION.

Divina Planta, y Celestial Rosa, en quien resplandece el rubor de la casta honestidad, y el amor de la virginea pureza; infúndenos, Señora, el temor, y vergüenza para no cometer el mas leve de todos los pecados, y quitarla para manifestar aun el mas grave, si una vez lo hubiéremos cometido: Así, Madre piadosa, conseguiremos en esta vida contritos, y confesados, la gracia, y así partiremos del Valle de Josaphat gozosos, y alegres para la gloria. Amen.

DIA CINCO DE JULIO.

EN Bolonia, año de mil quatrocientos y treinta y quatro, se sintieron terribilísimos, y peligrosísimos terremotos, que derribaron muchísimos edificios. El Sol á medio dia se obscureció, como si fuera tenebrosa noche: la lluvia era continua, y muchas los truenos espesos, y espantosos: los relámpagos tenían las personas en un continuo deslumbramiento: piedra tanta, y tan gruesa, que talaba los campos, y perdía las mieses, que estaban á punto de segarse. Espantados los Boloneses de estos prodigios, el Obispo mandó que se hiciesen algunas Procesiones para aplacar la ira divina. Pero como no cesase el castigo, mandó por otros cinco dias se continuasen las mismas plegarias; y no cesando las tempestades, mandó que perseverasen las Procesiones por ocho dias mas. En estas angustias le vino al pensamiento á un Varon de buen espíritu, y devoto de la Santísima Virgen, que para remedio de estos castigos debia sacarse cierta Imagen de la Virgen nuestra Señora, que en Bolonia está cerca del Monte de la Guardia. Comunicó su devoto pensamiento con el Obispo, y de comun acuerdo se determinó que en una devota, y muy solemne Procesion

la traxesen á la Ciudad. Ordenóse una numerosísima, y devotísima Procesion de todo el Clero de la Ciudad, Religiosos, y Ciudadanos, que pasaban entre todos de catorce mil personas. Habiendo traído aquella Santa Imagen, la llevaron aquellos ocho dias en las Procesiones señaladas, con lo qual dia como hoy se serenó el Cielo; y agradecidos, reconocieron á esta Clementísima Señora el beneficio. Y porque no es fuera del intento decir á qué ocasion tienen los Boloneses esta Santa Imagen, la referiré en breve. Esta Santa Imagen fue traída de Constantinopla de esta manera: Un Varon de Grecia, de muy buena opinion, vió en Santa Sophia de Constantinopla esta Imagen de la Santísima Virgen, con este título, que decia: Esta Imagen la pintó de su mano S. Lucas Evangelista, y ha de ser llevada á una Iglesia, que está edificada en el Monte Guardia á honra de S. Lucas, y allí en su Altar será muy reverenciada. Este Varon, deseoso de saber cuál fuese el Monte Guardia, consultó con los Sacerdotes de aquella Iglesia; los quales respondieron, que era tradicion antiquísima de padres á hijos, y ellos así lo habian oído contar á los suyos, que aquella Santa Imagen habia siempre obrado muchísimos milagros, como aún entonces los obraba; pero que despues de haber hecho varias diligencias para saber qué Monte Guardia era este, ó dónde estaba, no se habia aún sacado á luz. Con consejo de todos, este devoto Varon tomó esta Santa Imagen, y comenzó sus diligencias, buscando, y preguntando en todas partes, donde quiera que llegaba, si sabian, ó tenían alguna noticia del Monte Guardia. Pero eran en vano en aquella tierra las diligencias. Finalmente llegó á Roma, Patria comun de la Christiandad, y acaso dió con un Senador Bolonés, que en aquella sazón estaba en Roma, y preguntó-le si tenia noticia dónde caía el Monte Guardia? El Senador le informó cabalísimamente, que aquel Monte estaba en Bolonia, y que en él habia una Iglesia dedicada á S. Lucas. Gozoso nuestro Peregrino con tan seguras nuevas de lo que buscaba, tomó el camino para Bolonia; y llegando, dió noticia á los Boloneses del rico, y celestial tesoro que les traía; los quales señalaron tres dias para Procesiones solemnísimas, que hicieron con indecible concurso, llevando en la Procesion la sobredicha Santa Imagen; y el tercero dia todo el Clero llevó la milagrosa Imagen de nuestra Señora al Monte Guardia, y la colocaron en su Altar en la Igle-

Iglesia de S. Lucas; y obró Dios en esta sazón, y hoy obra muchísimos milagros con la invocacion de nuestra Señora de la Guardia.

E X E M P L O.

REfiere Dionysio Cartusiano, y de él otros muchos, que hubo un mancebo tan bien inclinado, y de natural tan docil, que ningun exercicio de virtud se le hacia pesado, ni cosa alguna, que le pidieran por la gran Reyna, difícil. Con esta buena disposicion hubo menester poco para enamorarse tan de corazón de esta Señora, que dia, y noche no pensaba en otra cosa que en la hermosura de su Reyna. Continuamente le oían decir: Ay, quién pudiera ver, aunque no fuese sino una hora, á la Madre de mi Dios! Ay, si yo fuese tan dichoso, qué de cosas le diria! Oyéronle decir esto en una ocasion sus hermanos, y le preguntaron qué le diria á la Virgen, si la viera? Diríale, respondió, querida mia, bien mio, vida de mi alma, dulce dueño de mis sentidos; todo esto la diria, y mucho mas, que yo me guardo en mi corazón. Tenia este buen mozo costumbre de rezar todas las noches, antes de ponerse en la cama, una Ave Maria, en señal de que encomendaba su cuerpo, y alma en manos de la Santísima Virgen. Apenas la hubo rezado una noche, quando de repente se vió entrar una Señora mas resplandeciente que el Sol, y mas hermosa que todos los Astros juntos, la qual le dixo: Hijo muy amado, óyeme. Levantóse al punto el devoto mancebo, y de rodillas dixo: Diga mi Madre, y todo mi consuelo; pero, Madre mia, no digais, sino estaos así un poquito, dexadme que os mire bien, y despues que os haya mirado bien, y visto una, y otra vez, direis quanto querais, que yo no sé donde me estoy de gozo. Eso mismo es, dixo la gran Reyna, lo que te queria decir, que me mirases bien, y á tu gusto, y despues quiero que me digas quan hermosa te he parecido. Ay, Madre mia, decia el devoto, qué, no hay mas que decir quan hermosa sois? Yo, Señora, no quiero sino miraros.

De esta suerte estuvo una hora mirando á la gran Reyna, y dexándose esta Bondad suma ver, y contemplar de su devoto. Pasada ella, volvió nuestra Señora á preguntarle qué le habia parecido. Y él con sencillez santa le dixo: Mas hermosa me has parecido que las mañanas de Abril; mas linda que la Luna, quan-

do en el lleno ostenta sus resplandores ; mas linda que el Sol al amanecer ; y mi corazon se ha alegrado tanto con tu vista , como los ruyseñores al despuntar el Alva. Esto es , Señora , lo que me ha parecido tu hermosura ; y si yo logro otra hora gozando de tan deliciosa , y regalada presencia , aun te diré otras cosas. Basta , hijo mio , dixo la gran Reyna , lo que has gozado de mi presencia esta hora ; Yo me restituyo al Empyreo , y no me olvidaré de tí. Cómo , Señora ? dixo el devoto ; yo , Madre mia , ya no puedo vivir sin Vos ; y asiéndose del manto de la gran Reyna , la dixo : Dueño dulce de mi vida , el mejor modo de no olvidarme , es tenerme siempre á vuestra vista ; y así , yo me quiero ir en vuestra compañía. Fue tanto lo que le obligó á Maria Santísima esta devota deprecacion , que alargándole la mano , le tomó de la suya , y se le subió á los Alcázares Celestiales.

EXHORTACION.

EN exemplos como estos tan dulces , el afecto habia de ser quien mejor que la pluma hiciese la exhortacion. Qué te parece (ó devoto de la gran Reyna !) de estos coloquios tan regalados , y tiernos ? Podia una madre entretenerse tan de espacio con su primogénito , como esta Celestial Señora se entretuvo con una criatura miserable , y sujeta á las mudanzas de nuestra inconstante naturaleza ? Podia la mas fina esposa hablar con mas familiaridad , y llaneza con su esposo ? Podia finalmente la gran Reyna del Cielo , Madre , y Señora de nuestras almas , hacer mayor fineza con un querido , y devoto suyo , que llevársele de la mano á que por toda una eternidad gozase de su presencia ? Lo que debiamos nosotros sacar de estos exemplos , no son solo las admiraciones , sino las ternuras , los actos de amor , los propósitos de no mezclar afectos terrenos , sino con toda pureza , y limpieza de todo lo que es polvo , inmundicia , y estiércol , que así lo consideraba S. Pablo (a) : *Omnia arbitror ut stercora* , darnos al amor de esta dulcísima Madre , sirviéndola á ella sola , y llevándola continuamente en nuestra imaginacion ; porque si la llevásemos de continuo en la imaginacion , no sería dificultoso pasarla á lo íntimo de la voluntad , como lo hizo el del exemplo , que de imaginar , y pensar conti-

(a) *Ad Philip. 3. v. 8.*

nuamente en esta Señora , se enardeció en su amor de manera , que la mereció fineza tan singular.

EXERCICIO. Sea el oír una Misa en Altar de esta Señora , y pensar en la hermosura de nuestra Divina Reyna , pues despues de la de Dios , no hay otra : sola esta es la que llegó á una como igualdad con el mismo Dios , y á una perfeccion como infinita. Así se lo decia S. Bernardino de Sena (a) : *Fœmina est Maria elevata ad quandam æqualitatem divinam , & quandam quasi infinitatem perfectionum , & gratiarum.* Y ahora digamos la oracion , que muy á nuestro intento decia S. Gregorio Obispo,

ORACION.

Virgen dichosa , vos sois la mas hermosa , la mas brillante , y la mas perfecta Estrella , Azucena , y Luz. Concedednos , pues , Señora , por tanta prerrogativa , luz en nuestros entendimientos , y ardor en los corazones , para que os conozcamos vigilantes , y enardecidos os amemos. Amen.

DIA SEIS DE JULIO.

Vivian en Ciudad-Real dos casados , Francisco Fernandez , y Maria Hernandez , con mucha paz , teniendo un hijo , en quien habian puesto ambos todo su cariño. Creció este , y educáronle , como buenos Christianos , en la observancia de la Ley , y devocion de la gran Reyna del Cielo Maria Santísima , con lo qual se merecia , no solo la estimacion de sus padres , sino la de todos los de la Ciudad. Un dia , siendo de doce años , queriendo sacar agua de un pozo muy profundo , no asegurando bien los pies cayó dentro , sin que pudiera persona alguna socorrerle. Buscóle su madre por todo el barrio , que era el que llaman de la Morería , y no hallándole , acechó por la boca del pozo , en donde descubrió bulto , y haciéndole reconocer , hallaron al muchacho ahogado. Aquí fue donde la madre , perdiendo casi el juicio de sentimiento , partió desalada al Templo donde se venera aquella tan célebre Imagen de nuestra Señora del Prado , y gritando con muy elevadas voces : Virgen Santísima del Prado , socorredme volviendo á vida al que por el gran cariño que le tenia , lo era de esta vuestra esclava,

pú-

(a) S. Bern. de Sen. tom. 1. ser. 61.